



MERCAT DE MAÓ

El trato y el trabajo

RUBÉN PÉREZ ATIENZA

En los quince años en los que Paúl Quetglas se había ausentado de la isla, muchas cosas parecían haber cambiado y, la mayoría de ellas, no para bien. Bloques de edificios que nada tenían que ver con las construcciones típicas del lugar estaban engullendo el casco antiguo de la ciudad; una ciudad con mucha historia a sus espaldas, saqueada en una ocasión por el mismísimo Barbarroja, que estaba siendo víctima de la vida moderna, del progreso, de la tecnología, en resumen, víctima de esas cosas que desde hacía un tiempo Paúl estaba empezando a odiar con toda su alma. Pero algo permanecía inmutable, de eso estaba cien por cien seguro, la luz seguía siendo tan intensa como la recordaba; la misma luz que le había visto crecer y que le alumbró de forma ininterrumpida hasta que a los 18 años, conducido por un irrefrenable deseo de conocer mundo y en contra de los siempre sabios consejos de su padre, Paúl hizo las maletas para mudarse a la capital y comenzar sus estudios universitarios. “Una hora de trato vale más que ocho de trabajo”, le había repetido infinidad de veces el viejo Anselmo, pescador e hijo de pescadores, que nunca logró entender el empeño de su hijo por abandonar el hogar ni sus aspiraciones de convertirse en un hombre de letras pudiendo dedicar el resto de sus días a la profesión que durante generaciones había sacado adelante a toda su familia.

En el trayecto del aeropuerto al centro de Mahón, Paúl echó la vista atrás; se acordó de que su última visita a Menorca había sido para acudir al funeral de su padre; también rememoró sus consejos, su vida, las alegrías y las penas que le había proporcionado el negocio, y, cómo no, se le vino a la cabeza la historia que le había contado una y mil veces de cómo su abuelo le había estrechado la mano al mismísimo Alfonso XIII un 12 de noviembre de 1927, el día que se inauguró el mercado; pero también recordó que nunca le perdonó por no querer seguir con la tradición familiar;



de cualquier manera, ya era demasiado tarde para lamentos; había apostado por un camino que el tiempo se había ocupado en demostrarle, no sin dolor, que había sido el menos acertado.

Instalado en un pequeño hotel de la calle Nou, la misma por la que había pateado con sus abarcas una y mil veces durante su juventud para hacer los recados del negocio, se tumbó en la cama e intentó trazar un pequeño plan; aún quedaban muchas cosas por resolver en la capital, entre ellas algún que otro amor frustrado, pero a sus 45 años recién cumplidos Paúl había llegado a la conclusión de que la solución a todos sus problemas pasaba por emprender un nuevo proyecto en su vida, algo que le devolviera la ilusión por las cosas, lejos del estrés de la gran ciudad, de sus apretados horarios, de los eternos atascos, de pasarse horas y horas tecleando en la redacción de un periódico para al fin y al cabo pagar un montón de facturas y poco más...

A esa conclusión había llegado ya hacía mucho tiempo, pero siempre le faltaban las fuerzas necesarias para dar un giro a su vida; mientras tanto, seguía esperando esa señal a la vuelta de la esquina que le indicara el camino a seguir. El trayecto recorrido hasta la fecha ya lo conocía, y quizás la clave de su futuro residía en no volver a cometer los mismos errores. Aquellos que olvidan su historia están condenados a repetirla, recordaba haber leído en algún libro, y él, si el destino le ofrecía algo más de tiempo para remontar su vida, no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad... Sólo necesitaba un último empujón.

Cuando una de las tardes más largas del año llegaba ya a su fin, decidió que era el momento de tirarse a la calle. Primero paseó por todo el centro, subió y bajó cuestas que le resultaron de lo más familiares, y sin saber muy bien cómo, llevado por una especie de inercia, llegó a la plaza del Pescado, pero no se detuvo, pasando de largo hasta llegar al puerto; aquello sí que había cambiado; caminó con tranquilidad por todo el paseo marítimo dejándose llevar por los recuerdos hasta que el sonido de su móvil de última generación le devolvió a la realidad de forma brutal; ese era el tipo de cosas que odiaba de la vida moderna. Al otro lado del auricular sonó una voz tristemente familiar, era la del redactor jefe del periódico, que ante la ausencia de noticias de su enviado especial a la Feria de Turismo quería saber cuál era su plan de trabajo. Paúl le atendió con una desgana aún mayor de la habitual, tranquilizándole como pudo y jurando por sus antepasados que al día siguiente antes de las nueve de la noche tendría la crónica en su mesa. Acto seguido, el periodista colgó y apagó el aparato para retomar su paseo, recorriendo una interminable hilera de pizzerías, cervecerías, marisquerías y hasta restaurantes chinos...

Recordó que al final de todo, más allá de la estación marítima, había una pequeña taberna en la que solían parar los marineros después de faenar, y hasta allí dirigió sus pasos esperando que aún existiera. Efectivamente, El Tritón seguía en pie, el mismo lugar al que de pequeño iba con su padre los domingos a

tomarse los refrescos de cola y a comer sepia a la plancha y mejillones al vapor, un lugar por el que no parecían haber pasado los años, igual de sucio y descuidado, con sus cabezas de gambas y colillas en el suelo, con sus fotografías de viejos veleros y sus taburetes de madera. Cuando su cabeza apenas lograba asomar por la barra, a Paúl le encantaba sentarse en una de las mesas del fondo mientras escuchaba las conversaciones de los marineros, hombres de piel curtida y largas barbas siempre temerosos de la maldita tramontana, que hablaban poco pero cuando lo hacían era siempre para contar una y otra vez la misma historia. De todas ellas, sólo había una que había perdurado en la memoria del periodista de una manera especial, aunque ni siquiera se trataba de una historia, lo que se había quedado grabado en la mente del joven Paúl era una frase y se la había escuchado decir a Biel, el más viejo de todos los marineros del lugar, el más viejo y, según la gran mayoría de sus colegas, el más loco, quien en una tarde ventosa de febrero y sin que nadie le hubiera preguntado al respecto, dictó con su voz profunda la siguiente sentencia: “Esta es una isla para venir a morir”. Nadie pareció prestarle demasiada atención, y el joven Paúl, aun sin lograr entender qué demonios estaba pasando por la cabeza del viejo marinero, adivinó que la voz de aquel hombre de pocas palabras valía más que las historias repetidas una y otra vez. Mientras pensaba en la frase del viejo Biel, se acodó al fondo de una barra desierta para degustar una buena sepia a la plancha mientras esperaba, una vez más, una señal que cada vez parecía estar más cerca pero que no acababa de llegar.

Seguramente, cualquier persona estaría de acuerdo en considerar que las cinco y media de la madrugada es una hora demasiado temprana para que el sol asome, pero para un tipo que últimamente dormía tan poco como Paúl, la súbita aparición de la luz a través de las rendijas de la persiana supuso un tremendo alivio. Al fin y al cabo, tan sólo iba a estar un par de días en la isla, así que lo mejor era aprovechar el tiempo al máximo ya que sus obligaciones profesionales arrancaban a las nueve de la mañana y muy posiblemente no terminarían hasta bien entrada la tarde. Así que se levantó con una energía poco usual en él; sin pasar por la ducha, se calzó las deportivas, que en la ciudad sólo utilizaba para jugar una vez por semana la liguilla de

fútbol sala con los compañeros del periódico, y se lanzó a la calle. Volvió a pasear por las “carreres” del centro hasta que descubrió un pequeño obrador donde degustó una ensaimada rellena de crema catalana que le hizo regresar algo así como treinta años en el tiempo, pero enseguida volvió al presente para lanzarse de nuevo a la calle, y sin saber muy bien cómo de nuevo acabar en la plaza del Pescado, una cuesta en forma de ese repleta de furgonetas frigoríficas de las que afanados trabajadores bajaban cajas de pescado con una alegría que ya quisiera Paúl tener delante de una hoja en blanco.

Poco a poco se fue acercando y ante sus narices se topó con una placa dorada que ya no recordaba y que rezaba: “S.M. el Rey Don Alfonso XIII se dignó visitar este mercado el día 12 de noviembre de 1927”. Y lo cierto es que al contemplar el marco que le rodeaba tuvo por unos instantes la extraña sensación de retroceder en el tiempo. No sólo por sus características arquitectónicas y la simplicidad del espacio, sino también por el trato pausado que se establecía entre los clientes y los tenderos. Había incluso algunos que parecían olvidarse de la compra y se dejaban llevar por conversaciones cotidianas, casi como si estuvieran en la cocina de sus hogares. Sonrió al tiempo que atravesaba la verja y se adentró en la estructura casi circular del mercado para luego hacer el recorrido completo. Los puestos formaban una larga hilera iluminada por los destellos de luz que atravesaban las grandes cristalerías del patio central. Las paredes





de azulejo blanco contrastaban con el tono oscuro de la estructura metálica del techo —un auténtico rompecabezas de hierro— y estaban decoradas con motivos marinos. Un calendario del año 82 mostraba a los pescadores en una balandra repleta de jaulas de langostas, un cartel exponía las distintas clases de pescado de la isla y al fondo colgaban redes raídas por el paso del tiempo. Recorrió el pasillo de adoquín contemplando la belleza y el brillo del pescado fresco y cómo los empleados lo colocaban con maestría, hasta llegar a uno justo en la esquina y del que colgaba un cartel que anunciaba el traspaso del negocio. Pese a ser un hombre más bien tímido y de pocas palabras, Paúl se identificó ante el propietario, un hombre delgado y calvo, más conocido en el gremio como “el Lochas” por sus ojos saltones, diciendo que era el hijo de Anselmo Quetglas, el nieto de Bartolo “el Boquerón”, datos con los que no le costó reconocerle. Hablaron del negocio, de las buenas y malas rachas, de lo mucho que había trabajado en su vida —“qué te voy a contar yo que no te hubiera dicho ya tu padre”— y de que ya era hora de retirarse, que su hijo, que ahora vivía en Barcelona, llevaba mucho tiempo detrás de él para que vendiera el negocio y se fuera a vivir a la ciudad condal. El tiempo estaba volando y Paúl casi se había olvidado por completo de sus obligaciones, así que se vio forzado a dejar al pescadero casi con la palabra en la boca no sin llevarse antes medio kilo de boquerones debajo del brazo cortesía de la casa.

Dos horas después, Paúl estaba ya envuelto por la rutina de todos los días; había corrido hasta el hotel para enfundarse esas prendas que tanto odiaba, con las que se sentía el hombre más incómodo del mundo, y coger sus herramientas de trabajo, el ordenador portátil, a su juicio el peor invento del hombre después de la guillotina, y la grabadora. Equipado al completo, se plantó en un polígono industrial situado en una parte de la ciudad donde no hacía muchos años pastaban las vacas, y tras recoger su acreditación y saludar a unos cuantos colegas, todos ellos mil veces más entusiasmados que él con el trabajo que se les venía encima, se dedicó durante toda la mañana a recorrer los interminables pasillos de la feria, de puesto en puesto, preguntando con su habitual desgana y acudiendo a improvisadas ruedas de prensa en las que se limitaba a poner su grabadora sobre la mesa mientras tomaba alguna que otra foto con la que adornar el reportaje. Y así pasó la mayor parte del día, confirmándose una vez más que no se sentía satisfecho con lo que hacía, mientras se le venía a la mente la imagen de su padre soltándole alguno de sus sermones preferidos y sus teorías sobre el trato y el trabajo.

Al final de la jornada, se encaminó hacia la sala de prensa, enchufó su ordenador portátil y tomó aire antes de enfrentarse al papel en blanco, su mayor enemigo durante los últimos años. Sin pensar demasiado tecleó y tecleó mientras a su alrededor escuchaba conversaciones telefónicas y los soniquetes de los módem; tecleó sin pensar demasiado en lo que hacía, pero poniendo siempre el cuidado necesario para que al menos su trabajo fuera comprensible; y mientras lo hacía pensaba que no podría pasarse el resto de su vida

así, que algún día las cosas tenían que cambiar, que prefería estar muerto antes que aburrirse de esa manera... Y poco a poco Paúl se dio cuenta de que estaba tocando fondo, de que habiendo llegado hasta el punto en el que se encontraba, las cosas no podían empeorar ya más, y fue justo en ese momento cuando todo empezó a cambiar; de repente, el periodista comenzó a escribir más deprisa de lo normal, con una soltura poco habitual en él, mientras pensaba que sería genial que ese fuera el último reportaje de su carrera periodística; su cabeza empezó a revolucionarse de nuevo y se le vino a la mente el rostro imaginario de su mayor héroe literario, el inigualable Holden Caulfield, protagonista del *Guardián entre el centeno*, y una de sus brillantes teorías, la del placer de disfrutar las cosas cuando sabes que las estás haciendo por última vez. Una vez completado el reportaje, tres folios y medio repletos de cifras, porcentajes e innumerables datos de interés, y tras dar con un titular más o menos decente, Paúl pulsó con uno de sus dedos la tecla de enviar. Acto seguido, marcó el número de la redacción y pidió que le pasaran con el redactor jefe. “Os acabo de enviar la crónica, pero es la última. Podéis ir preparando el finiquito porque no pienso volver”. Tan pronto como colgó el teléfono, sin saber muy bien dónde se estaba metiendo, Paúl supo que ya no había vuelta atrás, así que con las mismas que había llegado al pabellón de la feria, cogió de nuevo su equipo de trabajo, se quitó la corbata que tanto odiaba y se despidió de sus compañeros con una sonrisa de oreja a oreja. De camino al hotel, habló con el taxista, algo a lo que no acostumbraba, e incluso le preguntó que dónde podía comer la mejor caldereta de langosta de la isla. El conductor, que pese a su profesión parecía más bien un hombre de pocas palabras, le comentó que para el gusto de Su Majestad donde mejor la preparaban era en Fornells, pero que si no le apetecía desplazarse hasta allí, en el puerto de Mahón había un sitio donde no se arrepentiría de degustarla... “Eso sí, es como todo, pagarla hay que pagarla”.

Pese a ser hijo y nieto de pescaderos, y haber oído más de mil y una veces que la langosta es el alimento que más tarda en digerir el cuerpo humano –los más exagerados dicen que hasta ocho horas–, Paúl se metió entre pecho y espalda una caldereta para dos sin inmutarse. Y ya en los postres, con un puro en una mano y su copa de pacharán en la otra, empezó a pensar cómo iba a ser su nueva vida, convenciénse a sí mismo de que la decisión que había tomado era una de las más importantes de toda su existencia, y que de ella dependía la felicidad en la última etapa de su paso por el mundo. Pero al mismo tiempo, y mientras el alcohol le iba sumiendo en un especie de extraña confusión –en sus 45 años de existencia Paúl no se había caracterizado por hacer ningún tipo de locura–, rezaba a Dios para que a la mañana siguiente tuviera las mismas fuerzas y no derrumbarse. Esa era la gran prueba de fuego en la nueva vida de Paúl, y cuando por segundo día consecutivo se despertó sin que un despertador le martilleara los tímpanos, descubrió que afortunadamente para él seguía pensando lo mismo y que no estaba dispuesto a dar marcha atrás. En esta ocasión no salió corriendo de la cama para aprovechar el tiempo al máximo, por primera vez en muchos años el tiempo ya no era un problema, así que se quedó tumbado en la cama observando como los rayos de sol cada vez más intensos iluminaban una destartallada habitación de hotel que por momentos le llegó a parecer una *suite* del mismísimo Palace.

Tras despachar todas las existencias de tónica del minibar y descubrir que allí seguía el medio kilo de boquerones, se levantó silbando, se vistió y comunicó al chico de la recepción que por cambio de planes no abandonaría ese mismo día el hotel como estaba previsto. Acto seguido se tiró a la calle, y esta vez siendo consciente de adónde le





dirigían sus pasos, acabó por plantarse en un mercado repleto de gente en la que predominaban las caras felices propias de los buenos comedores de pescado; haciéndose hueco entre la multitud llegó hasta el puesto de “el Lochas”; esperó mientras despachaba a la media docena de personas que tenía por delante fumando un cigarrillo y observando el trajín de la gente hasta que le llegó su turno, y con el mismo ímpetu con el que había comunicado el día anterior a sus superiores que ya no aguantaba más, le informó al pescadero de que ya estaba decidido todo, que él se iba a quedar con el negocio. Cuando escuchó esas palabras brotar de su garganta, Paúl se dio cuenta que a partir de ese momento todo iba a ser diferente. ¿Mejor? Ahora poco le importaba eso, al menos iba a ser algo distinto, algo que quizás estaba hecho para él desde el principio. Ya se veía en la otra parte del puesto, con su delantal de rayas negras y verdes horizontales, limpiando la merluza como hacía años le había enseñado su padre, a quien a su vez le había enseñado su abuelo..., y en lo más profundo de su ser, Paúl esperaba poder enseñárselo en un futuro a su hijo a la vez que le decía “... y no lo olvides nunca, más vale ocho horas de trato que ocho de trabajo”. Porque para los Quetglas el mercado nunca había sido un trabajo, sino un estilo de vida del que se habían sentido orgullosos durante generaciones. Ya lo había dicho hacía años el viejo Biel, aquella era una isla para ir a morir. “Sí, para morir, pero después de haber vivido con plenitud”, había añadido Paúl.

RUBÉN PÉREZ ATIENZA

MERCAT DE MAÓ

El Mercado de Mahón (Mercat de Maó en su denominación original) ocupa el antiguo claustro de la Orden de los Carmelitas, en pleno centro histórico de la capital de Menorca. Conocido tradicionalmente como Mercat del Carme y rebautizado en los tiempos modernos como “Centre Comercial Sa Plaça”, el mercado cuenta con un recinto excepcional, muy cuidado, en el que mantienen una viva actividad comercial medio centenar de comercios, repartidos en dos recintos, uno para carnes, verduras y frutas, y otro para pescados.

